INTRODUCCIÓN

Este libro trata sobre el tercer siglo de la Revolución Industrial, el que estamos viviendo ahora. Con los limitados datos de los que disponemos y con el meticuloso trabajo académico, lo más acertado que podemos decir es que antes de 1750, durante cientos de años, el crecimiento económico fue insignificante en todo el mundo. Según nuestro estándar, la mayor parte de la población era pobre (había algunas élites que eran ricas) y en algunos lugares había una pequeña clase media orientada hacia el comercio. Ser rico y estar en el poder estaban muy unidos. En un mundo con ningún avance todo era un juego de suma cero. No es, por lo tanto, nada sorprendente que el poder y la riqueza estuvieran tan correlacionados. Así estaban las cosas, más o menos, en todo el mundo.

Pero en torno a 1750, Inglaterra inició una nueva trayectoria, la de la Revolución Industrial. Los niveles de renta per cápita comenzaron a mejorar. El crecimiento se aceleró y, por primera vez en la historia reciente, fue duradero. Durante el siglo XIX, el patrón se extendió rápidamente a Europa continental, y luego a Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda. El prestigioso académico Angus Madison se refería a este grupo de cuatro países como «los retoños de Europa occidental». La Revolución Industrial continuó durante dos siglos, hasta la II Guerra Mundial. También alcanzó algunas partes de América Latina, pero de forma menos completa.

En 1950 la renta media de las personas que vivían en estos países se había multiplicado por veinte; había pasado de 500 dó-

lares al año a más de 10.000 y, en el caso de muchos países industrializados, el incremento había sido todavía mayor. Este nuevo crecimiento se consiguió gracias a la incorporación de la ciencia y la tecnología a los procesos productivos, a la logística y las comunicaciones, a la gestión y la innovación institucional, a los cambios en la forma de gobernar y en la manera en la que el poder ejecutivo y los políticos se relacionaban con la economía —en resumen, cambios en todos los aspectos de la economía moderna—. (Volveremos a este punto a lo largo del libro).

El drástico cambio en el modelo de crecimiento quedó confinado a lo que hoy entendemos como países avanzados o industrializados (o, a veces, maduros). Afectó a la vida de casi el 15 por ciento de la población del planeta. Fuera de este grupo, la pauta de progreso de los cientos de años precedentes, simplemente, se mantuvo; había muy poco crecimiento. La gente seguía siendo pobre. El colonialismo se llevó la riqueza que se generaba a las potencias imperiales industrializadas. Es verdad que hubo algunos cambios. Llegó el tren, más tarde el coche, la electricidad y el teléfono, pero tuvieron muy poco impacto en la vida de la mayor parte de la población. El patrón global de crecimiento consistía, por lo tanto, en una rápida divergencia entre los (por entonces emergentes) países avanzados y el resto del mundo.

La instantánea de la economía mundial en 1950 era el resultado de 200 años de una historia económica extraordinaria: un periodo de ruptura para una minoría de la población mundial, con 750 millones de personas viviendo en los países industrializados y el resto, 4.000 millones de ciudadanos que se quedaron atrás. El mundo jamás había registrado diferencias entre países de esta magnitud.

Después de la II Guerra Mundial, el modelo empezó a cambiar otra vez, aunque al principio fue difícil darse cuenta de que en realidad era una megatendencia. Los países del mundo en desarrollo empezaron a crecer. Al principio de forma muy lenta y solo en algunas zonas aisladas. Luego el avance empezó a extenderse y a acelerarse.

Fue el inicio de un trayecto de un siglo de duración en la economía global. Cuando termine, es probable que el 75 por ciento,

o incluso más, de la población mundial viva en países avanzados con todo lo que eso supone: niveles de renta más altos, con igualmente mayores tasas de consumo y uso energético. Además de la difusión del crecimiento económico, la característica más sobresaliente de la era moderna es la velocidad. En los países con rápidos crecimientos se han registrado periodos (de un cuarto de siglo o más) con avances sostenidos del 7 por ciento anual o más. Por ponerlo en perspectiva, el alto crecimiento en los *primeros* 200 años de la Revolución Industrial estuvo en torno al 2 y 2,5 por ciento anual.

Este libro habla sobre los más de cien años que arrancaron en 1945 y que terminarán en la mitad del siglo actual. Como ya estamos a mitad del camino, plantea lo que podría ser una primera evaluación de este proceso. Trata de dos revoluciones paralelas e interrelacionadas: la continuación de la Revolución Industrial en los países avanzados y la repentina y espectacular expansión de un modelo de crecimiento en el mundo en desarrollo. Este último movimiento podría llamarse la revolución de la inclusividad (Inclusiveness Revolution). Después de dos siglos de aceleradas divergencias, se ha impuesto un modelo de convergencia.

La vuelta a la convergencia combinada con crecimiento tiene una serie de profundas implicaciones, algunas de las cuales estamos empezando poco a poco a notar y a tener que afrontar. Mi principal aspiración en el libro es intentar hacer más comprensible este rápido cambio del modelo económico para el lector interesado e implicado.

¿Qué es lo que provocó que un 60 por ciento adicional del mundo iniciara el proceso o estuviera en el camino de sumarse al mundo de la riqueza? ¿Cómo es posible crecer a tasas anuales del 10 por ciento cuando el récord previo estaba, seguramente, en el 3 por ciento? ¿Cuánto tiempo hace falta para que un país pobre complete la transición a un país avanzado? ¿Cuánto puede durar este proceso? —o ¿puede durar? ¿Hay algún límite de velocidad? ¿Existe algún tipo de «frenos» naturales que inevitablemente desacelerarán el proceso, o incluso lo detendrán? ¿Por qué son incapaces las economías avanzadas de crecer a las nuevas

elevadas tasas? ¿Cuáles son las causas del avance en las economías industrializadas? ¿Son las mismas fuerzas que mueven el progreso en los países en desarrollo? ¿Cómo pueden persistir durante tanto tiempo desigualdades de renta de veinte y cuarenta veces?—.

¿Podemos con el tiempo aprender a gestionar algo tan complejo como una economía global emergente y variable, con su creciente interdependencia y diversidad? ¿O es la actual crisis global financiera y económica precursora de un periodo de destrucción e inestabilidad que, finalmente, llevará a la desilusión y al abandono de este propósito? ¿Qué va a pasar con la población, las rentas, los recursos naturales y el medio ambiente? ¿Puede el planeta soportar que el número de personas relativamente ricas se cuadriplique? ¿Podemos producir suficiente comida y energía sin poner en riesgo el crecimiento? ¿Puede continuar este proceso o existe un enorme problema pluridimensional de «efecto suma» en el que lo que era factible para «unos pocos» ya no será posible para «muchos»? ¿Puede funcionar la gestión y el gobierno de la economía mundial que se ha aplicado durante el último cuarto de siglo o se necesitará un cambio radical?

He organizado la narración en cuatro partes. La Parte I aborda el rápido cambio de las características de la economía global tras la II Guerra Mundial. Es, de hecho, una foto de cómo es ahora y cómo ha llegado hasta aquí en los últimos cincuenta años. La Parte II está dedicada al elevado crecimiento sostenido y a la reducción de la pobreza en los países en desarrollo: dónde está teniendo lugar este proceso y cómo; dónde no está ocurriendo y cómo se pueden explicar las razones del menor avance en las regiones atrasadas.

Veremos (o al menos trataré de argumentar) que ni el alto ni el bajo crecimiento se pueden explicar solamente por factores económicos. En esta transformación representan un papel determinante el liderazgo, la política y las estructuras y la efectividad del gobierno.

En la Parte III se vuelve la vista a las consecuencias, a corto y largo plazo, de la crisis económica global y financiera que afligió al mundo a principios de 2008. ¿Qué impacto ha tenido esta crisis en los países en desarrollo y a través de qué canal les ha llegado?

Esta crisis ha puesto de relieve muchas lecciones sobre la fina textura de la interdependencia. ¿Han respondido bien a la crisis los países en desarrollo? ¿Y cuáles son sus perspectivas a medio y largo plazo en un mundo en el que los países ricos están lidiando con su desapalancamiento, la estabilidad fiscal, el déficit de demanda, obstinadas altas tasas de desempleo y bajo crecimiento? ¿Cuáles son las lecciones que han extraído los países emergentes y cómo puede afectar ese aprendizaje a la globalización económica y financiera, a las estrategias de crecimiento y las dinámicas de las economías? ¿Son relevantes algunas de estas enseñanzas para las naciones más avanzadas?

La Parte IV del libro se centra en el futuro y en una serie de temas, fuerzas y tendencias que tienen que ver con si esta expansión del rápido crecimiento económico, de rentas y de riqueza puede ser sostenible. Existen mecanismos de freno económicos, políticos y otros relacionados con los recursos naturales y el medio ambiente que pueden ralentizar el proceso o incluso detenerlo. Al analizarlos nos daremos cuenta de las variadas y diferentes versiones de lo que a veces se llaman problemas de «efecto suma».

Es posible que la disponibilidad y el coste de la energía desencadenen una desaceleración del crecimiento. Si todos, o una gran parte de los países en desarrollo se centran en convertirse en proveedores mundiales de bienes y servicios intensivos en mano de obra, el mercado global, aun con todo lo grande que es, quizá no sea capaz de asimilar tanta oferta. Para los países más pobres y menos competitivos esto puede significar que no exista una forma de entrar en la economía global, un requisito esencial para poder progresar. La creciente interconexión de la economía mundial y los mercados financieros va por delante del sistema de gobernanza. La política internacional todavía está dominada, principalmente, por las naciones y sus prioridades. ¿Es posible que haya límites en la globalización si no se inicia un proceso paralelo de cambio en la gobernanza global?

Mi principal objetivo es hacer más visibles y más fáciles de entender las dinámicas de crecimiento de los países en desarrollo y la relación y la interdependencia que este avance guarda con la economía global. Lo hago por dos motivos. Primero, porque para

muchos de los que vivimos en países de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico), las condiciones y el crecimiento de los países en desarrollo son cuestiones que quedan relativamente fuera de nuestra vivencia cotidiana. La repercusión de este progreso en la economía internacional y en los países avanzados es compleja y sus dinámicas son interesantes, si bien todavía se comprenden de manera imperfecta (aunque cada vez mejor). Aun así, las consecuencias de ese crecimiento tienen una enorme importancia y se notarán en la gran mayoría de la población mundial en los próximos años.

Creo además que, para poder enfrentarse a los trascendentes desafíos que supone mantener esta prosperidad global de una forma no excluyente, es útil, y quizá hasta esencial, tener un conocimiento básico de la evolución de esta parte cada vez más grande y más relevante del mundo. Las reacciones de los países en desarrollo ante los temas internacionales están condicionadas por su experiencia de crecimiento y sus perspectivas. Necesitamos ver el mundo a través de sus ojos, igual que ellos necesitarán aprender a verlo a través de los nuestros. Este entendimiento entre ambas partes será probablemente un respaldo esencial a nuestra capacidad futura para gestionar la interdependencia global. Sin él, el avance en los temas polémicos —cambio climático, la OMC, la nueva regulación del sistema financiero internacional, la gobernanza mundial, el reequilibrio de la economía global y el mantenimiento de la estabilidad— será mucho más difícil de conseguir. Estamos dando los primeros pasos de este proceso de aprendizaje.

El crecimiento en el mundo en desarrollo ha convertido a las principales economías emergentes en sistemáticamente importantes. Sus decisiones y trayectorias tienen importantes efectos en otras economías en desarrollo y en las de los países avanzados. Esto no había pasado nunca. Y ha sido por el crecimiento, el aumento del tamaño y, significativamente, por el incremento del nivel de vida en los principales países emergentes. El viejo sistema en el que los países industrializados, bajo el paraguas del G7, asumían la responsabilidad colectiva de evitar un resultado subóptimo derivado de políticas cerradas y con una orientación nacional y en el que los países emergentes se centraban en su crecimiento y su

agenda de desarrollo funcionó mientras los efectos exteriores de la actuación de estos últimos no eran lo suficientemente importantes como para desestabilizar el sistema y generar desequilibrios. Ese mundo ya no existe.

La crisis de 2008 casi provoca una segunda Gran Depresión. La rápida acción efectiva de los gobiernos y los bancos centrales lo evitó. Las economías emergentes se han recuperado de la crisis increíblemente rápido. Ahora son el principal motor del crecimiento mundial. A las economías avanzadas no les ha ido tan bien. Ahora se enfrentan a crecimientos bajos, alto desempleo, problemas de ajuste fiscal y a un largo periodo para deshacer los elevados niveles de endeudamiento acumulados antes de la crisis. En este complejo entorno, las naciones están tratando de actuar conjuntamente para estabilizar y devolver el equilibrio a la economía global y restablecer las condiciones que permitan un crecimiento sostenido.

Desde el final de la II Guerra Mundial hasta la crisis actual, las prioridades en materia de cooperación internacional las fijaba el G7, que representaba a las economías avanzadas. Después de la crisis, el testigo ha pasado del G7 al G20. Este último representa a las economías industrializadas y a la mayoría de las economías emergentes más dinámicas. Se trata de una transición natural, visto el crecimiento y el tamaño de este último grupo, pero el proceso claramente se ha acelerado como consecuencia de la crisis.

La cuestión fundamental que se nos plantea es si el G20 puede hacer este trabajo eficazmente. Entre los asuntos críticos en la agenda figuran: mantener el nivel de apertura de la economía mundial, restaurar la demanda, volver a regular el sistema financiero, impedir un destructivo ciclo deflacionista y crear los mecanismos internacionales que realmente funcionen para responder a los futuros *shocks*. No sabemos todavía cómo saldrá esto. Hay mucho en juego y dependerá de la habilidad de los países avanzados y de los emergentes para trabajar juntos.